



CONTINUIDAD EN LA VARIEDAD NARRATIVA DE RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO



Pedro Carrero Eras
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

El objetivo de esta comunicación es el intento de enumerar y analizar algunos motivos recurrentes que aparecen en los textos narrativos de la obra de Rafael Sánchez Ferlosio. Debo advertir antes que, aunque el objeto de mi estudio lo constituyen aquellos temas más o menos concretos o delimitados del relato y que tienden a repertirse, tampoco pierdo de vista, saltando de lo particular a lo general, aquellos aspectos cardinales o fundamentales que soportan toda su obra de escritor: por ejemplo, el interés de Ferlosio por el lenguaje y la comunicación en general, interés y reflexión que no sólo obedecen a planteamientos meramente teóricos, sino que también atienden, antropológica y éticamente, a formas del comportamiento humano, tanto individual como colectivo; como se demuestra, en este sentido, en la repugnancia que siente hacia cualquier forma de razonamiento hipócrita, torticero o superficial, con su correspondiente cliché lingüístico, sobre todo cuando, por causa de inconfesables objetivos de dominio, poder o justificación de las más aberrantes iniquidades, está expresado y encaminado a manipular abusivamente la aquiescencia y la voluntad de los demás.

INTERFERENCIAS ENTRE EL ENSAYO Y EL RELATO

Previamente tengo en cuenta, y comparto, el parecer de otros estudiosos según el cual no es tan fácil distinguir lo puramente narrativo de lo ensayístico en la obra de este escritor. Como señala Hidalgo Bayal en un libro de 1994, «se trata de una verdadera primacía de lo narrativo en todos los textos, tanto en las ficciones declaradas, las novelas, [...] como en los ensayos y en los artículos».¹ Para este crítico, en los artículos y ensayos siempre está presente el yo narrativo del autor, como sujeto de acción y protagonista de «una ficción cognoscitiva e intelectual».² Por su parte, tres años después, en un número de la revista *Archi-*

¹ Gonzalo Hidalgo Bayal, *Camino de Jotán (La razón narrativa de Ferlosio)*, Badajoz: Los Libros del Oeste, 1994, págs. 24-25. No comparto, en cambio, y me deja perplejo, la opinión de este autor cuando afirma que *El testimonio de Yarfoz* no tuvo, cuando apareció, eco positivo en la crítica. *Vid.*, sin ir más lejos, la reseña de Rafael Conte en *El País*, supl. «Libros», 4-XII-1986, pág. 3, y mi estudio más abajo citado.

² *Ibid.*, pág. 25.

piélago dedicado a Ferlosio, Javier Fernández de Castro, en la misma línea, afirma taxativamente: «Lo que pasa, por decirlo de golpe y sin más circunloquios, es que todo lo que escriba Rafael Sánchez Ferlosio siempre será obra de un narrador. Y de ahí la inutilidad y la desconsideración inherentes a cualquier distinción entre ensayo y ficción».³ Por mi parte he de decir que el máximo ejemplo de esa fusión del relato y de lo ensayístico sería el libro misceláneo *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, de 1993. Pero lo narrativo se distribuye aquí y allá, cuando menos lo esperamos. Así, y sólo por escoger un ejemplo entre muchos, en el artículo «Sueño y vigilia en armas», publicado el 8 de julio de 1982 —es decir, en plena apoteosis de la guerra fría—, y recogido después en *La homilía del ratón*, de 1986, antes de reflexionar sobre el militarismo desatado y la pura soberbia de la fuerza, sin olvidar la hipocresía de la *Realpolitik*, antes de lo que podemos considerar como la parte propiamente ensayística del artículo, nos ofrece Ferlosio los pormenores de un sueño que ha tenido y en el que se ha visto a sí mismo en Rusia, vestido con el uniforme de un soldado de la Wehrmacht en plena Segunda Guerra Mundial. El relato, responda o no a un sueño real, es impecable, reproduce toda la magia de lo onírico, y nos seduce desde sus primeras líneas: «Esta noche me veía yo en Rusia apeándome de un tren antiguo de vagones de madera la mitad de largos que los de hoy. La parada no era en una estación, sino en un bosque de coníferas, creo que más bien abetos».⁴ Ferlosio, que tiene veinte años en ese sueño, que es con la edad con la que suele soñarse, contesta en las dependencias de una casa revestida de madera a las inquietantes preguntas de unos oficiales alemanes sobre el significado de todo lo que están haciendo ahí, en Rusia: «A mí, sinceramente, esto no me gusta», responde, «bajando la vista al suelo y sin alzar la voz».⁵ Y se despierta justo cuando, tratando de quitar hierro a su afirmación, está a punto de hablar de Bismarck, o de hallar, en la política de Bismarck, algo que sea medianamente presentable.

Hecha esta aclaración, sobre la dificultad de distinguir entre ensayo y relato, lo que sin duda ya supone hablar de una recurrencia sistemática de toda la obra de Ferlosio, en el estudio que sigue tenemos en cuenta la creación propiamente narrativa, tanto extensa como breve, es decir, *Industrias y andanzas de Alfanhuí* (que abreviaremos como *Alfanhuí* en adelante) (1951), *El Jarama* (1956), *El huésped de las nieves* (1963), *El escudo de Jotán* (1983), *El testimonio de Yarfoz* (1986), sin olvidar cuentos o relatos cortos publicados en los años cincuenta en revistas, como «Niño fuerte» (1953), «Hermanos» (1953), «De cinco a seis»

³ Javier Fernández de Castro, «La desmesura del narrador», *Archipiélago*, n.º 31, primer trimestre de 1997, pág. 60.

⁴ Rafael Sánchez Ferlosio, *La homilía del ratón*, Madrid: Ediciones El País, 1986, pág. 149. Por razones de mayor precisión cronológica, prefiero citar por las obras originales que más tarde conformarán los dos vols. publicados por Rafael Sánchez Ferlosio bajo el título de *Ensayos y artículos*, Barcelona: Destino, 1992.

⁵ *Ibid.*, pág. 151.

(1954), o los dos que figuran recogidos en libro a continuación de las ediciones de Editorial Destino de *Alfanhuí*: «Y el corazón caliente» (1956), «Dientes, pólvora, febrero» (1956). El cuento llamado «El reicidente», de 1987, a pesar de hallarse recogido en colecciones de artículos y ensayos, debe unirse también a esta lista, así como todo aquel pasaje, insisto, que se aproxime más a las características del relato, como, por ejemplo, el famoso y divertido episodio que tiene lugar, dentro de «El caso Manrique», en un café sevillano, entre Juan de Mairena, Marcelino Menéndez Pelayo y un viejo profesor de historia.⁶

Tras la aparición de *El testimonio de Yarfoz*, ya me referí, de forma abreviada, a ciertos motivos recurrentes del corpus ferlosiano: fue en un artículo publicado en 1987⁷ y después recogido y adaptado como capítulo en mi libro *Españoles y extranjeros: última narrativa* (1990), bajo el título de «El discurso interminable en *El Testimonio de Yarfoz*, de Rafael Sánchez Ferlosio».⁸ Aunque el registro de esa nueva narración de Ferlosio era bien distinto a los de las anteriores novelas, como a su vez las anteriores novelas –*Alfanhuí* y *El Jarama*– eran bien diferentes entre sí, por lo que se debe hablar de tres registros, no dejaba yo de observar algunas recurrencias y constantes que ponen en evidencia el fondo de las aficiones y de las preocupaciones de Sánchez Ferlosio. Y todo ello aunque el propio Ferlosio reniegue una y otra vez de *El Jarama* y también de *Alfanhuí*, aunque de esta otra, en menor medida.

EL ENTORNO NATURAL: LOS RÍOS.- EL TIEMPO Y LA HISTORIA

También en *El testimonio de Yarfoz* un río, el río Barcial, vertebraba el relato, como lo estructura en *El Jarama*, cuyo título es algo más que una simple referencia geográfica, y como también está presente en *Alfanhuí*, donde se observa un destacado protagonismo del río Henares, que ya aparece en la cita de Juan Ruiz que abre el libro: «Sembré avena loca ribera de Henares».⁹ Si en *El Jarama* la cita de Leonardo da Vinci nos habla de la identificación del discurrir de las aguas de los ríos con el fluir del tiempo (toda la acción de la novela se condensa en veinticuatro horas aproximadamente, es decir, en un corte de ese fluir, por eso la descripción geográfica se interrumpe donde transcurren los hechos), en *El testimonio de Yarfoz* el río Barcial es el hilo conductor de la historia de los pueblos barciales, que recorreremos al mismo tiempo que lo recorre el príncipe Nébride en su voluntario exilio. En tres novelas tan diferentes –y quede claro

⁶ Cfr. Rafael Sánchez Ferlosio, *Las semanas del jardín*, Madrid: Nostromo, 1974. págs. 212 y ss.

⁷ Pedro Carrero Eras, «La narración que nos lleva: Mendoza y Ferlosio, dos hitos en el 86», *Cuenta y Razón*, n.º 26, abril de 1987, págs. 119-29.

⁸ *Id.*, *Españoles y extranjeros: última narrativa (estudios de crítica literaria)*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1990, págs. 53-56.

⁹ Sobre la interpretación de esta cita emblemática y el protagonismo del río Henares en *Alfanhuí*, cfr. mi estudio «Guadalajara mágica en *Industrias y andanzas de Alfanhuí*, de Rafael Sánchez Ferlosio», en *Guadalajara y la literatura* (Pedro Carrero Eras y Antonio del Rey Briones edits.), Guadalajara: Patronato Municipal de Cultura, 1997, págs. 35-69.

que empleamos con mucha precaución el término *novela* cuando se habla de los libros narrativos de Ferlosio- no es extraño que el río sea un factor de coincidencia: su autor, tan aficionado a la naturaleza y en otro tiempo a la caza, siente por los ríos una atracción especial. Incluso cuando se ve obligado a ofrecer una síntesis biográfica de sí mismo, como la que aparece en la contraportada de *El testimonio de Yarfoz*, aclara bien que nació en Roma «en la margen izquierda del Tíber».¹⁰ El río es simbólicamente el devenir y, por tanto, la Historia, esa Historia con mayúsculas ante la que el autor siempre expresará sus recelos, especialmente en sus ensayos, sobre todo cuando se la invoca para justificar los mayores atropellos. Y es paradójico, pero muy consecuente, que si *El Jarama* nos remite a un contexto real -hasta el punto de haber sido considerada esta novela por la crítica, en contra de la voluntad de su autor, como uno de los máximos exponentes del llamado realismo social de los años 50- nada está más alejado y al margen de la Historia que su argumento: el microcosmos de un día cualquiera perdido en la infinita sucesión del tiempo a través de las conversaciones y las peripecias de sus anónimos personajes, con un desenlace dramático -la muerte de una chica en las aguas del río- destinado sólo a alcanzar el eco de una breve noticia periodística de sucesos.¹¹ En *El Jarama* es como si nos situáramos al margen de la Historia, mientras que *El testimonio de Yarfoz*, escrito a finales de la década de los 60, y que se fundamenta en la construcción de un mundo ficticio e inventado, parece, por su verosimilitud y por los detalles que ofrece, todo un tratado historiográfico de la Antigüedad. Porque la historia de los personajes de *El Jarama*, que llegan a identificarse, en un momento dado, con las propias aguas del río,¹² es una historia que se difumina, se borra, se aniquila en el anonimato, devorada por el tiempo, arrastrada por las aguas del río, que se la lleva hasta otro río y sigue su camino hasta el mar, donde se disuelve en la nada. Incluso la breve y confusa referencia, en una de las conversaciones de los muchachos, a la guerra civil, una de cuyas más famosas batallas se libró en sus proximidades -no precisamente ahí, junto al Puente Viveros, sino aguas abajo- queda reducida a términos de puro e instintivo terror: la creencia de que en esas aguas hubo muertos y puede seguir habiéndolos.¹³ Nada más alejada de la epopeya que esa realidad que se describe en *El Jarama*, nada más alejada de los

¹⁰ Rafael Sánchez Ferlosio, *El testimonio de El testimonio Yarfoz*, Madrid: Alianza, 1986.

¹¹ Existe noticia de un ahogamiento real, aunque de un bañista masculino, hecho del que posiblemente fue testigo Ferlosio según Patrick Gallagher, «Sánchez Ferlosio y el Jarama (sic): los hechos», *Diario 16*, supl. «Culturas», 17-III-1990, pág. II.

¹² «...como si toda aquella creciente algarabía no fuese algo que ellos mismos formaban y aumentaban, sino el estrépito vivo del propio río...» (Rafael Sánchez Ferlosio, *El Jarama*, Barcelona: Destino, 1966 [7^a], pág. 50). Para cualquier aspecto de *El Jarama* tengo en cuenta, como es de rigor, el completísimo estudio de Darío Villanueva, '*El Jarama*', de Sánchez Ferlosio. *Su estructura y significado*, León: Universidad de Santiago de Compostela, 1973, ahora en ed. renovada.

¹³ Cfr. *ibid.* págs. 39-40.

héroes, de las crónicas y de las inscripciones, incluso aunque la novela haya sido definida en alguna ocasión, con un evidente oxímoron, como *la gran epopeya de la vulgaridad*. Personaje colectivo anónimo y sin Historia el de *El Jarama*, exponentes todos ellos, o casi todos ellos, como señala Gonzalo Sobejano, de «una limpieza humana de fondo y resignada inocencia».¹⁴ Humanidad ajena a los mecanismos de quienes escriben y manipulan los hilos de la Historia. Sólo gracias a nuestro entusiasmo y a la magia de la literatura *El Jarama* entra en la epopeya: sólo gracias a nuestra lectura, no a los referentes.

LA BONDAD DE LOS PERSONAJES.- LA OTRA HISTORIA

Como el narrador puede construir su mundo de ficción como le venga en gana, independientemente de la realidad de «este mundo cada vez más demenciado»¹⁵ a la mayoría de los personajes de Ferlosio les adorna la bondad e incluso la inocencia, especialmente cuando estos son proyecciones de los intereses y de los deseos del escritor. Para ello, y como es de rigor, la maldad, siempre al acecho, debe hacer su aparición. Así la bondad de Alfanhúí, de su maestro taxidermista y la de los personajes marginales con que se tropiezan, al margen de la crueldad de la turba de vecinos que acaba invadiendo e incendiando la casa del embalsamador, como fuerza irracional de la incomprensión que suelen provocar la imaginación y el ingenio; la bondad casi general de los personajes de *El Jarama*, al margen de las fuerzas de la naturaleza desatadas que premonitoriamente preparan la muerte de Lucita, y al margen de algunos episodios de maldad humana, como la comprensible y esperpéntica del tullido Coca-Coña o la de Petra, aquella madre absorbente e insoportable que humilla a su hijo pequeño cuando este, por pudor, no quiere que le desnuden en público; la bondad de los habitantes de Jotán, que incluso tienen que ingeniárselas para improvisar un ejército y organizar una ejecución simulada ante su implacable Emperador, pues en los esquemas del Poder no se concibe que un pueblo que merezca tal nombre viva pacíficamente y no lleve a cabo, de vez en cuando, una espectacular masacre; la bondad y la integridad del príncipe Nébride en *El testimonio de Yarfoz*, quien, horrorizado por la fechoría de su tío Caserres y de su padre Obnelobio cuando dan muerte de forma tan miserable a Espel, el jefe de los Atánidas, decide renunciar a todos sus derechos y marchar al exilio.

El testimonio de Yarfoz es la otra Historia que el autor se inventa como réplica a la Historia real, sembrada de episodios vergonzosos. Su discurso interminable, conforme al estilo habitual de Ferlosio, en largos y pormenorizados períodos, es vehículo de toda clase de cuestiones relativas al derecho, a la justicia, a la política y a la moral, con la reconstrucción de una Antigüedad que tiene

¹⁴ Gonzalo Sobejano, *Novela española de nuestro tiempo (En busca del pueblo perdido)*, Madrid: Prensa española, 1970, pág. 326.

¹⁵ En el artículo «Hipótesis del 'Belgrano'», publicado el 19-XI-1982 y recogido en *La Homilia del ratón*, *op. cit.*, pág. 200.

mucho de dorada, aunque de ella no estén ausentes, como no podía ser menos, episodios de la maldad humana así como las guerras que jalonan la historia de los pueblos barcialesos. Se advierte, además, la huella de la prosa cervantina y de los razonamientos conceptuales de los personajes discretos y virtuosos que pueblan la literatura del Siglo de Oro, que Cervantes conocía bien y que remedó, superando sus convencionalismos: herencia literaria, qué duda cabe, que Ferlosio tamiza y adapta conforme a su propio estilo y originalidad. Antológica es la larga reflexión, en lo que a las fuentes del derecho se refiere, sobre las contradicciones del fuero del derecho más antiguo y el fuero del derecho mayor a propósito de la supervivencia de las fascinantes ruedas hidráulicas de Úriga y Múriga, y en los que se funden armoniosamente esos dos extremos que tanto seducen a Ferlosio y que ya están presentes en *Alfanhuí*: el ingenio humano con sus industrias y el entorno natural. Como antológica es la ejemplar reacción de Nébride cuando reprende a sus hombres por haberse reído del joven Fosco, el carpintero puesto en amores con una moza de Ordimbrod y al que Nébride presta su propio caballo magnánimamente para facilitar su nocturna aventura amorosa.

Incluso la perversidad en esa otra Historia que es *El testimonio de Yarfoz* no se apura hasta los extremos a los que puede llegar la naturaleza humana. Cuando los príncipes de los Grágidos, Caserres y Obnelobio, dan muerte a Espel (quien les ha salido al paso sin armas y sin cabalgadura), se quedan inmediatamente como paralizados, sin atreverse a ordenar a sus huestes un nuevo ataque, lo que hubiera supuesto un aplastante triunfo: es -se nos dice en el relato- como si, conscientes y avergonzados súbitamente por lo evidencia de su inicua acción, fueran ya incapaces de apurarla del todo, para lo que se habría necesitado «un alma más vigorosa y más acrisolada en la maldad que la de ellos, un alma, en una palabra, más capaz de volver a beberse a cada instante el veneno de su propia iniquidad».¹⁶

UNA CRUELDAD RECURRENTE: EL ANIMAL ACOSADO

La indefensión de los animales, sujetos al inconsciente y primitivo acoso de los hombres, suele estar en el punto de mira de Ferlosio. Lo estaba en *El Jarama*, cuando un grupo de muchachos, en el patio de la venta de Mauricio, asustan con sus gritos y sus amagos a la Gran Coneja Blanca, que se agita aterrorizada en su jaula, suceso que, como tantos otros signos o señales premonitorias que abundan en la novela, es como un aviso del drama que está a punto de desencadenarse. Lo está en el cuento «Dientes, pólvora, febrero», cuando un pastor da muerte a una loba y en la comida que sigue, bien regada con vino, un concejal y un alcalde, promotores de la batida, pronuncian feroces discursos institucionales sobre la oportunidad de esas cacerías, proclamando fieramente que «ningún otro

¹⁶ *El testimonio de Yarfoz*, op. cit., pág. 94.

pueblo de los alrededores sabía combatir al lobo como hay que combatirlo».¹⁷ Lo está cuando, reflexionando sobre el tema de la percepción y de los sentidos en sus prolijos *Comentarios a la Memoria e informes sobre Victor de l'Aveyron*, de Jean Itard, nos ofrece, como ilustración, el relato de una escena de caza que protagonizó en sus tiempos de cazador, y de la que ahora se avergüenza. Ferlosio avista un zorro desde un barranco, con «ventaja suficiente para llegar a dispararle [...] a dispararle, digo, hasta cuatro veces sucesivas, en mi infame persecución».¹⁸ El cazador comprueba que algunos de sus disparos han hecho blanco, pues «la inocente criatura» sufre «esa especie de calambre que tan bien reconoce un cazador»¹⁹ (como podemos apreciar, el escritor combina admirablemente su palinodia con los crudos detalles de la sangrienta escena). Tristes escenas que suelen protagonizar lobos y zorros, como es el lobo el protagonista del patético relato titulado «El reincidente», y al que después me referiré. En cambio, en *El huésped de las nieves* el ciervo consigue zafarse de la trampa que le tienden, pero en ese cuento la crueldad de otros relatos es sustituida por la simple curiosidad que el animal despierta en una familia campesina.

Quizá venga a cuento recordar también ahora la conmovedora historia de los babuinos mendicantes, episodio que, al parecer, fue el motivo que impulsó a Ferlosio a sacar del arca algunos de sus escritos sobre las guerras barcialesas y publicar *El testimonio de Yarfoz*.²⁰ En este caso no se trata de crueldad humana, sino más bien de todo lo contrario. Es una historia ejemplar, muy en consonancia, como antes hemos apuntado, con la bondad, o al menos con la humanidad y la discreción, que suele caracterizar a los personajes de este libro. En este caso son los propios seres humanos, los habitantes de esos pueblos, «no pareciendo[les] bien empezar a matar una progenie de animal que nunca se había matado»,²¹ quienes que se hacen cargo de alimentar y de utilizar en ciertas faenas domésticas a esta tribu de monos, e incluso uno de ellos, un anciano, se encarga de dirigirlos y cuidarlos tras haber sido diezmados, tanto hombres como animales, a causa de una inundación. El anciano pide alimentos a los lugareños mediante un discurso que, con el tiempo, se repite como una retahíla, salmodia que el macho mayor imita tras la muerte del anciano. Ni que decir tiene que todo apunta, una vez más, a una profunda reflexión antropológica sobre el don de la palabra y sobre el tema de la evolución, como se manifiesta en el interés de Ferlosio por los niños selváticos y su aprendizaje.

¹⁷ Rafael Sánchez Ferlosio, *Industrias y andanzas de Alfanhué. Y el corazón caliente. Dientes, pólvora, febrero*, Barcelona: Destino, 1967 (2ª), págs. 218-19.

¹⁸ Lucien Malson, *Los niños selváticos*; Jean Itard, *Memoria e Informe sobre Victor de l'Aveyron*; Rafael Sánchez Ferlosio, *Comentarios*, Madrid: Alianza, 1973, pág. 331.

¹⁹ *Ibid.*, pág. 332.

²⁰ «Preparé la edición de *El testimonio de Yarfoz*, con mucho esfuerzo porque a mí me interesaba, por encima de todo, salvar la historia de los babuinos mendicantes.» (Rafael Sánchez Ferlosio, «La forja de un plumífero», *Archipiélago*, n.º citado, pág. 78).

²¹ *El testimonio de Yarfoz*, *op. cit.*, pág. 153.

LA PASIÓN POR EL CONOCIMIENTO Y LA PALABRA

Tanto la prosa ensayística como las creaciones narrativas de Sánchez Ferlosio se sitúan al margen, por no decir en las antípodas, del interés profesional obsesivo, de la síntesis y de la superficialidad que parecen absorber cualquier tipo de actividad en nuestro mundo moderno. En lo que se refiere a sus novelas, esa actitud de interés y curiosidad por las cosas (por el amor hacia el objeto considerado en sí mismo, sin pensar en la profesionalidad, de la que abomina, ni en las consecuencias extraliterarias y ni mucho menos en halagar al posible lector) está ya presente en los pormenores de las «industrias» de Alfanhuí (precisamente a través de la virginal curiosidad de los ojos de un niño), continúa en ese largo ejemplario sobre el lenguaje coloquial que es *El Jarama* y culmina en el extenso discurso conceptual de *El testimonio de Yarfoz*. Qué mejor ejemplo de interés apasionado por el objeto considerado en sí mismo que esa detallada descripción de la fabulosa rampa esculpida en el escalón del Meseged, tan en armonía con la naturaleza. Es, en definitiva, el arte de los detalles, la pasión por la palabra y su referente, con la extensión y la morosidad que sean precisos, tanto en el plano de la expresión como en el plano del contenido, pese a quien pese, y muy probablemente al propio lector. A diferencia de una novela apta para ser devorada por el gran público, la literatura de Ferlosio supone en el lector un especial esfuerzo de comprensión: dificultad, extrañamiento e incluso estupor que pueden provocar tanto el mundo mágico y las fantasías de *Alfanhuí*, como las minuciosas descripciones y las largas parrafadas coloquiales de *El Jarama* así como los prolijos razonamientos de *El testimonio de Yarfoz*. El propio autor lo dijo en una entrevista en 1986: «Tiendo a desarrollar el análisis en largas expresiones, lo que en otros se satisface con una síntesis. Me aterroriza la simplicidad (y al ambigüedad) de la síntesis».²²

Una especie de hipersensible pundonor intelectual muestra la escritura de Ferlosio, lo que se manifiesta en la extensión de los juicios y en la precisión de los términos escogidos. Con la utilización de la palabra se puede llegar a las mayores cotas de discreción y de virtud, pero también a las mayores abominaciones: por ejemplo, ciertos clichés, como decíamos al principio, que son vehículo de comportamientos y acciones execrables. Cuando un joven oficial de los Grágidos, que contempla la impaciencia belicosa de sus generales, y al no hallar un *casus belli* que justifique la inminente agresión en territorio Atánida, se pregunta «¿Pues qué nos han hecho [los Atánidas]?», un viejo general le responde encolerizado: «¿Que qué nos han hecho? [...] ¡Ser nuestros enemigos! ¡Eso es lo que nos han hecho!».²³ Es la razón de la sinrazón que, conforme a estereotipos de pensamiento y de comportamiento, preside las acciones humanas. Los motivos del enfrentamiento tribal se manifestaban ya en el cuento «Hermanos»,

²² José Antonio Gabriel y Galán, «Conversación con Rafael Sánchez Ferlosio», *El Urogallo*, n.º 8, diciembre de 1986, págs. 62-63.

²³ *El testimonio de Yarfoz*, op. cit., pág. 93.

cuando Julio es expulsado de casa por su padres acusado de no haber sabido defender honrosamente a su hermano Pablo. Julio considera que Pablo no tiene razón, que debe casarse con la chica a la que ha dejado embarazada, la hermana de los Simones: la madre, en cambio, piensa *que un hermano siempre tiene razón, haga lo que haga*. Pero el ejemplo más sangrante sobre los prejuicios que gobiernan los conflictos humanos (léase xenofobia, racismo, sectarismo, nacionalismo irracional o cualquier otra perversión) quizá esté, en toda la obra de Ferlosio, en el relato titulado «El reincidente», cuando el querubín de guardia expulsa por tercera y definitiva vez de las puertas del Paraíso al viejo lobo que, tras un irreprochable comportamiento a lo largo de los años, ha hecho todo lo imposible por borrar su pasado sanguinario, con la esperanza de poder reclinar algún día la cabeza en el regazo del Creador: «Ahora te irás como las otras veces, pero esta vez no volverás jamás. Ya no es por asesino. Tampoco es por ladrón. Ahora es por lobo».²⁴

²⁴ Rafael Sánchez Ferlosio, «El reincidente», *El País*, 13-XII-1987, pág. 11. Recogido también en *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, Barcelona: Destino, 1993, págs. 143-48.